

Capítulo 22

DIOS ES SOBERANO.

¿Quién no te habría de temer, Señor Dios de los ejércitos, Altísimo y muy terrible? Porque sólo tú eres Señor. Tú has hecho el cielo. Y el cielo de los cielos, la tierra y cuanto hay en ella. Y en tu mano está el alma de toda cosa viviente. Tú te sientas como rey sobre el diluvio; sí, tú te sientas como rey para siempre. Tú eres un gran rey sobre toda la tierra. Tú estás vestido de fortaleza; el honor y la majestad se hallan ante ti. Amén.

La soberanía de Dios es el atributo por el cual Él gobierna toda su creación, y para ser soberano. Dios debe ser omnisciente, todopoderoso y absolutamente libre. Éstas son las razones: Si hubiera al menos un solo dato de conocimiento desconocido para Dios, por pequeño que fuera, su dominio quedaría quebrantado en ese punto. Para que Él sea Señor sobre toda la creación, es necesario que posea todo el conocimiento. Y si a Dios le faltase una cantidad infinitamente pequeña de poder, esa falta terminaría su reino y acabaría con su reinado; ese único átomo descarriado de poder le pertenecería a otro, y Dios sería un gobernante limitado, por lo que no sería el soberano.

Además de esto, su soberanía requiere que sea absolutamente libre, lo cual significa sencillamente que debe ser libre para hacer cuanto decida hacer en cualquier lugar y en cualquier momento, con el fin de llevar adelante sus propósitos eternos en todos sus detalles, y sin interferencias. Si fuera menos que libre, sería menos que soberano. Captar la idea de una libertad sin calificativos es algo que exige un vigoroso esfuerzo de parte de la mente. No estamos psicológicamente condicionados para comprender la libertad, más que en sus formas imperfectas.

*Ustedes son mis
testigos —afirma el
Señor—,
son mis siervos
escogidos,
para que me conozcan y
crean en mí,
y entiendan que yo soy.
Antes de mí no hubo
ningún otro dios,
ni habrá ninguno
después de mí.
Yo, yo soy el Señor,
fuera de mí no hay
ningún otro salvador.
Isaías 43:10-11*

Nuestros conceptos sobre ella han tomado forma en un mundo donde no existe la libertad absoluta. Aquí, cada uno de los objetos naturales depende de muchos otros objetos, y esa dependencia limita su libertad.

Wordsworth, al comienzo de su “Prelude” (Preludio), se regocijaba de haber escapado de la ciudad donde había estado reprimido por tanto tiempo, y ser “ahora libre, libre como un ave para establecerse donde quisiese”. Sin embargo, ser libre como un ave es no tener libertad alguna.

El naturalista sabe que esa ave supuestamente libre vive en realidad todo el tiempo en una jaula hecha de temores, hambres e instintos; la limitan las condiciones del tiempo, la variación de la presión en el aire, las cantidades de alimento que hay donde vive, los animales de presa, y esa atadura que es la más extraña de todas, el irresistible impulso a quedarse dentro de la pequeña parcela de tierra y aire que se le ha asignado por cortesía del mundo de las aves.

Pero Moisés insistió: Supongamos que me presento ante los israelitas y les digo: “El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes”. ¿Qué les respondo si me preguntan: “¿Y cómo se llama?” —Yo soy el que soy —respondió Dios a Moisés—. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: “Yo soy me ha enviado a ustedes”. Éxodo 3:13-14

El ave más libre está, junto con todas las demás cosas creadas, sometida a limitaciones constantes por una red de necesidades. Sólo Dios es libre. Se dice de Dios que es absolutamente libre, porque nada ni nadie le puede estorbar, obligar o detener. Él puede hacer cuanto quiere en todas las ocasiones y los lugares, y para siempre. El que sea libre de esa manera significa también que debe poseer autoridad universal. Que Él tiene poder ilimitado, lo sabemos gracias a las Escrituras, y lo podemos deducir a partir de otros atributos suyos. Sin embargo, ¿qué decir de su autoridad?

Aun el hecho de discutir sobre la autoridad del Dios Todopoderoso parece un poco carente de sentido, y ponerla en duda sería algo absurdo. ¿Nos podemos imaginar al Dios Señor de los ejércitos teniendo que pedir permiso a alguien o solicitar algo de un organismo superior? ¿A quién tendría Dios que acudir para pedir un permiso? ¿Quién es más alto que el Altísimo? ¿Quién más poderoso que el Omnipotente? ¿Quién tiene una posición anterior en el tiempo a la del Eterno? ¿Ante el trono de quién se tendría que arrodillar Dios? ¿Dónde está ese ser mayor al cual Él tendría que apelar?

“Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios,” La soberanía de Dios es una realidad claramente presentada en las Escrituras, y declarada en voz alta por la lógica de la verdad.

Con todo, admitimos que hace surgir ciertos problemas que hasta estos momentos no han sido resueltos de manera satisfactoria. Hay dos que son los más importantes. El primero es la presencia en la creación de aquellas cosas que Dios no puede aprobar, como el mal, el dolor y la muerte. Si Dios es soberano, Él habría podido evitar que llegasen a existir. ¿Por qué no lo hizo?

El Zend-A vesta, libro sagrado del zoroastrismo, la más elevada de las grandes religiones no bíblicas, resolvió esta dificultad con bastante limpieza, a base de postular un dualismo teológico. Habría dos dioses, Ormuz y Ahrimán, y entre ellos dos habrían creado el mundo.

Ormuz, el dios bueno, habría hecho todas las cosas buenas, y Ahrimán, el malo, habría hecho el resto. Era un esquema muy sencillo. Ormuz no tenía soberanía alguna de qué preocuparse, y era evidente que no le importaba compartir con otro sus prerrogativas.

Esta explicación no sirve para el cristiano, porque contradice abiertamente la verdad enseñada con tanta insistencia a lo largo de toda la Biblia de que sólo hay un Dios, y de que fue Él solo quien creó el cielo, la tierra y todo cuanto contienen. Los atributos de Dios son tales que hacen imposible la existencia de otro Dios. El cristiano admite que no tiene la respuesta final al acertijo del mal permitido, pero sí sabe lo que no puede ser esa respuesta. Y sabe que el Zend-Avesta no la tiene tampoco.

Aunque se nos escape una explicación completa sobre el origen del pecado, sí hay unas cuantas cosas que conocemos. En su soberana sabiduría, Dios ha permitido que exista el mal en zonas cuidadosamente restringidas de su creación, como una especie de criminal fugitivo cuyas actividades son temporales y limitadas en su alcance. Al hacer esto, Dios ha actuado de acuerdo con su sabiduría y bondad infinitas. Más allá de eso, nadie sabe nada en el presente, y más allá de eso, nadie necesita saber nada. El nombre de Dios es garantía suficiente de perfección para sus obras.

Otro problema real creado por la doctrina de la soberanía divina tiene que ver con la voluntad del hombre. Si Dios gobierna su universo por medio de sus decretos soberanos, ¿cómo es posible que el hombre ejerza el libre albedrío?

Y si éste no puede ejercer el libre albedrío, ¿cómo se le puede hacer responsable de su conducta? ¿Acaso no es más que una simple marioneta cuyas acciones son decididas por un Dios que se halla detrás del escenario y tira de las cuerdas según le place? El intento por responder a estas preguntas ha dividido claramente a la Iglesia cristiana en dos campos que han llevado los nombres de dos teólogos distinguidos: Jacobo Arminio y Juan Calvino.

*Que se levante Dios,
que sean dispersados
sus enemigos, que
huyan de su
presencia los que le
odian.
Que desaparezcan del
todo, como humo que
se disipa con el
viento;
que perezcan ante
Dios los impíos, como
cera que se derrite en
el fuego.
Pero que los justos se
alegren y se
regocijen; que estén
felices y alegres
delante de Dios.
Salmos 68:1-3*

La mayoría de los cristianos se limitan a identificarse con un campo o con el otro, y negar la soberanía de Dios, o el libre albedrío del hombre. Sin embargo, parece posible reconciliar estas dos posiciones sin hacer violencia a ninguna de ellas, aunque el esfuerzo que sigue demuestre ser deficiente para los partidarios de un bando o del otro.

He aquí lo que pienso: Dios decretó soberanamente que el hombre sería libre para tomar decisiones morales, y el hombre ha cumplido con ese decreto desde el principio a base de escoger entre el bien y el mal. Cuando decide hacer el mal, no por eso contrarresta la voluntad soberana de Dios, sino que la cumple, puesto que el decreto eterno no decidió qué escogería el hombre, sino que sería libre para escoger. Si Dios, en su libertad absoluta, ha decidido otorgarle al hombre una libertad limitada, ¿quién podrá detener su mano, o decirle: “¿Qué haces?”

La voluntad del hombre es libre porque Dios es soberano. Un Dios menos que soberano no les habría podido otorgar la libertad moral a sus criaturas. Habría sentido miedo de hacerlo. Quizá un ejemplo casero nos ayude a comprender. Un transatlántico sale de Nueva York con rumbo a Liverpool. Su puerto de destino ha sido decidido por las autoridades correspondientes. Nada lo puede cambiar. Esto sería al menos una pálida imagen de la soberanía.

*En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir. En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad. Esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no han podido extinguirla.
Juan 1:1-5*

A bordo del transatlántico hay varias veintenas de pasajeros. Éstos no se hallan encadenados, ni sus actividades les han sido determinadas a base de decretos. Están totalmente libres para moverse por el barco a su antojo. Comen, duermen, juegan, pasean por la cubierta, leen, hablan, y todo como ellos deseen hacerlo; pero todo el tiempo, el gran transatlántico los va llevando continuamente hacia el puerto decidido con anterioridad. Tanto la libertad como la soberanía se hallan presentes aquí, y no se contradicen entre sí. Así sucede, según creo, con la libertad del hombre y la soberanía de Dios.

El poderoso transatlántico de los designios soberanos de Dios se mantiene firme en su curso sobre el mar de la historia. Dios se mueve, sin que nada lo perturbe ni retenga, hacia el cumplimiento de esos propósitos eternos que tomó en Cristo Jesús antes que comenzase el mundo. Nosotros desconocemos todo lo que comprenden estos propósitos, pero se nos ha revelado lo suficiente para proporcionarnos una amplia gama de cosas que puedan venir a darnos una buena esperanza y una firme seguridad sobre nuestro bienestar futuro.

Sabemos que Dios va a cumplir todas las promesas que les hizo a los profetas; sabemos que un día los pecadores serán barridos de la tierra; sabemos que la compañía de los redimidos entrará en el gozo de Dios, y que los justos brillarán en el reino de su Padre; sabemos que las perfecciones de Dios recibirán por fin una aclamación universal, que todas las inteligencias

creadas tendrán por Señor a Jesucristo, para la gloria de Dios Padre, que el imperfecto orden presente será quitado, y que serán establecidos un cielo nuevo y una tierra nueva para siempre.

Dios se está moviendo hacia todo esto con sabiduría infinita y precisión de acción perfecta. Nadie lo puede convencer de que no realice sus propósitos; nada lo puede apartar de sus planes. Puesto que Él es omnisciente, no puede haber circunstancias imprevistas ni accidentes. Al ser Él soberano, no puede haber contravención de órdenes, ni quebrantamiento de autoridad, y al ser Él omnipotente, no puede carecer del poder necesario para lograrlo que Él se haya propuesto.

Dios se basta a sí mismo para todo esto. Mientras tanto, las cosas no marchan tan serenamente como lo podría sugerir este rápido esquema. Es cierto que el misterio de iniquidad se encuentra ya en acción. Dentro del amplio campo de la voluntad soberana y permisiva de Dios, el conflicto mortal entre el bien y la maldad continúa con furia creciente. Aun así, Dios hará las cosas a su manera, en medio del torbellino y de la tormenta, pero la tormenta y el torbellino siguen estando presentes, y como seres responsables que somos, debemos tomar nuestra decisión en la situación moral presente.

Hay ciertas cosas que han sido decretadas por libre decisión de Dios, y una de ellas es la ley de la decisión y las consecuencias. Dios ha decretado que todo aquél que se entregue voluntariamente a su Hijo Jesucristo en la obediencia de la fe, recibirá vida eterna y se convertirá en hijo de Dios.

También ha decretado que todos los que amen las tinieblas, y sigan en estado de rebeldía contra la autoridad suprema de los cielos, permanecerán en un estado de alejamiento espiritual, y terminarán por sufrir la muerte eterna. Si reducimos toda esta cuestión a términos individuales. Llegaremos a tantas cuantas conclusiones vitales y altamente personales.

En el conflicto moral que ruge actualmente alrededor de nosotros, todo aquél que esté del lado de Dios está en el bando vencedor, y no puede perder; todo aquél que esté del otro lado se halla en el bando perdedor y no puede ganar. No hay casualidad, ni albur. Tenemos libertad para escoger el campo en el que estaremos, pero no tenemos libertad para negociar los resultados de la

*Señor, tú has sido
nuestro refugio
generación tras
generación.
Desde antes que nacieran
los montes y que crearas
la tierra y el mundo,
desde los tiempos
antiguos
y hasta los tiempos
postreros, tú eres Dios.
Tú haces que los
hombres vuelvan al
polvo,
cuando dices:
«¡Vuélvanse al polvo,
mortales!»
Mil años, para ti, son
como el día de ayer, que
ya pasó; son como unas
cuantas horas de la
noche.
Salmo 90:1-4*

decisión, una vez tomada. Por la misericordia de Dios, nos podemos arrepentir de una decisión incorrecta y alterar las consecuencias tomando una nueva decisión, esta vez correcta.

Más allá, no podemos ir. Toda la cuestión de la decisión moral se centra en Jesucristo. Él lo proclamó llanamente: “El que no es conmigo, contra mí es.” “Nadie viene al Padre, sino por mí.” El mensaje del evangelio comprende tres elementos diferentes: un anuncio, un mandato y un llamado. Anuncia la buena nueva de la redención realizada por misericordia, manda que todos los hombres en todas partes se arrepientan, y llama a todos los hombres a rendirse a las condiciones de la gracia, creyendo en que Jesucristo es su Señor y Salvador.

Todos debemos escoger entre obedecer al evangelio o alejarnos de él en incredulidad y rechazar su autoridad. Nuestra decisión es sólo nuestra, pero las consecuencias de esa decisión ya han sido decididas por la voluntad soberana de Dios, y ante ella no hay apelación posible.

*El Señor descendió de lo alto, e inclinó los altísimos cielos,
y bajo sus pies lanzó las tinieblas del firmamento.
Sobre querubines y serafines montó como rey,
y en las alas de poderosos vientos vino volando hasta tierras extrañas.
Se sentó sereno sobre los diluvios, para contener su furia,
y Él como soberano Señor y Rey, por siempre y para siempre reinará.*

*Paráfrasis de un salmo.
por Thomas Stenhold*